



20. JESÚS ARROJA DEL TEMPLO A LOS PROFANADORES.

Entrevista de Nicodemo con Jesús

Había un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemo, magistrado de los judíos. Éste vino a Jesús de noche, y le dijo:

—Rabí, sabemos que vienes de parte de Dios como maestro, porque nadie puede hacer esas señales que tú haces, si no es que Dios estuviera con él.

Respondió Jesús, y le dijo:

—En verdad, en verdad te digo, si uno no fuere engendrado de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Le dice Nicodemo:

—¿Cómo puede un hombre nacer si ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y nacer?

Respondió Jesús:

—En verdad, en verdad te digo, quien no naciere de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te haya dicho: Es necesario que nazcáis de nuevo. El aire sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo el que ha nacido del Espíritu.

Respondió Nicodemo, y le dijo:

—¿Cómo puede ser eso?

Respondió Jesús y le dijo:

—¿Tú eres maestro de Israel, y esto no lo sabes? En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, esto hablamos; y lo que hemos visto, esto testificamos: y no aceptáis nuestro testimonio.

San Juan III, 1-11.

Núm. 21.—Explicación de la lámina:

Se ha advertido con frecuencia que Jesús, para mayor libertad y sosiego, prefería pasar las horas de reposo al aire libre, más bien que en la atmósfera sofocante de una habitación oriental, desprovista además de secreto. Quedamos, pues, justificados, concluye el artista, al escoger la azotea, en vez del aposento de los huéspedes, para asistir a la entrevista de Nicodemo con Jesús.

El cuadro nos da una visión nocturna de Jerusalén, iluminado con la luz de la luna. En el fondo se divisa el monte de los Olivos y el cielo estrellado. Más cerca, la ciudad silenciosa, con sus casas desiguales y sus azoteas coronadas de cupulillas. Delante se entabla el inmortal diálogo en que la vacilante actitud del fariseo, tan convencido de la verdad como temeroso de declararse por ella, pone de relieve la serena imperiosidad de Jesús.

La dirección de las sombras nos indica que ha pasado ya la medianoche.



21. ENTREVISTA DE NICODEMO CON JESÚS.

Jesús y la Samaritana

Debía pasar Jesús por la Samaría. Llega, pues, a una ciudad de la Samaría, llamada Sicar, cerca de la posesión que dio Jacob a su hijo José. Estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó, así como se hallaba, junto a la fuente; sería la hora sexta.

Llega una mujer de la Samaría a sacar agua. Le dice Jesús:

—Dame de beber.

Era que sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar provisiones. Le dice, pues, la mujer samaritana:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy una mujer samaritana?

En efecto, los judíos no tienen trato con los samaritanos. Respondió - Jesús, y le dijo:

—¡Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice «Dame de beber»; tú le hubieras pedido, y él te hubiera dado agua viva.

Le dice:

—Señor, no tienes con qué sacar agua, y el pozo está hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?

Respondió Jesús, y le dijo:

—Todo el que bebiere de esa agua, tendrá sed otra vez; mas quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salte para la vida eterna.

Le dice la mujer:

—Señor, dame esa agua para que se me quite la sed y no tenga que venir acá a sacarla.

San Juan IV, 4-15.

Núm. 22.—Explicación de la lámina:

El pozo de Jacob es aún hoy muy profundo —unos 23 metros—, y lo debió de ser bastante más en la antigüedad. Para disminuir en cierto modo esta profundidad, se rebajó a su alrededor el terreno. Hoy está cubierto por una bóveda ruínosa, pero antiguamente estuvo, a lo que parece, al aire libre. Así lo representa el artista.

Está el pozo al pie del monte Garizim, donde los samaritanos tenían el templo, centro de su culto cismático. Dista de Siquem, hoy Nablus, cerca de media hora. No consta ciertamente si la ciudad evangélica de Sicar es la antigua Siquem que no la moderna Ascar.

La desenvoltura, apenas disimulada, de la samaritana, contrasta con la modestia y seriedad de Jesús.



22. JESÚS Y LA SAMARITANA.

Es Jesús desechado en Nazaret

Y saliendo de allí vino a Nazaret, su patria, donde se había criado, y le acompañaron sus discípulos. Y venido el día del sábado, entró, según su costumbre, en la sinagoga, y se levantó a leer. Y le fue entregado el libro del profeta Isaías. Y abriendo el libro halló el lugar (61, 1-2) donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor vino sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres..., para proclamar un año de gracia del Señor.

Y habiendo enrollado el libro, lo entregó al ministro y se sentó. Y todos en la sinagoga tenían los ojos clavados en él. Y comenzó diciéndoles:

—Hoy se ha cumplido en vosotros esta Escritura que acabáis de oír.

Y todos le daban muestras de aprobación, y se maravillaban de las palabras de gracia que brotaban de sus labios; y muchos al oírle quedaban asombrados, y decían:

—¿De dónde a éste le viene eso? ¿Y cuál es esta sabiduría que se le ha dado? ¿Y cómo se obran por sus manos tales maravillas?...

Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les dijo:

—Sin duda me aplicaréis este proverbio: «Médico, cúrate a ti mismo»; cuantas cosas hemos oído que has hecho en Cafarnaúm, hazlas también aquí en tu patria.

Y añadió

—En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria, entre sus parientes y en su casa...

Al oír esto, todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cima escarpada del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad, con el intento de despeñarle por el precipicio; mas él, pasando por en medio de ellos, se marchó...

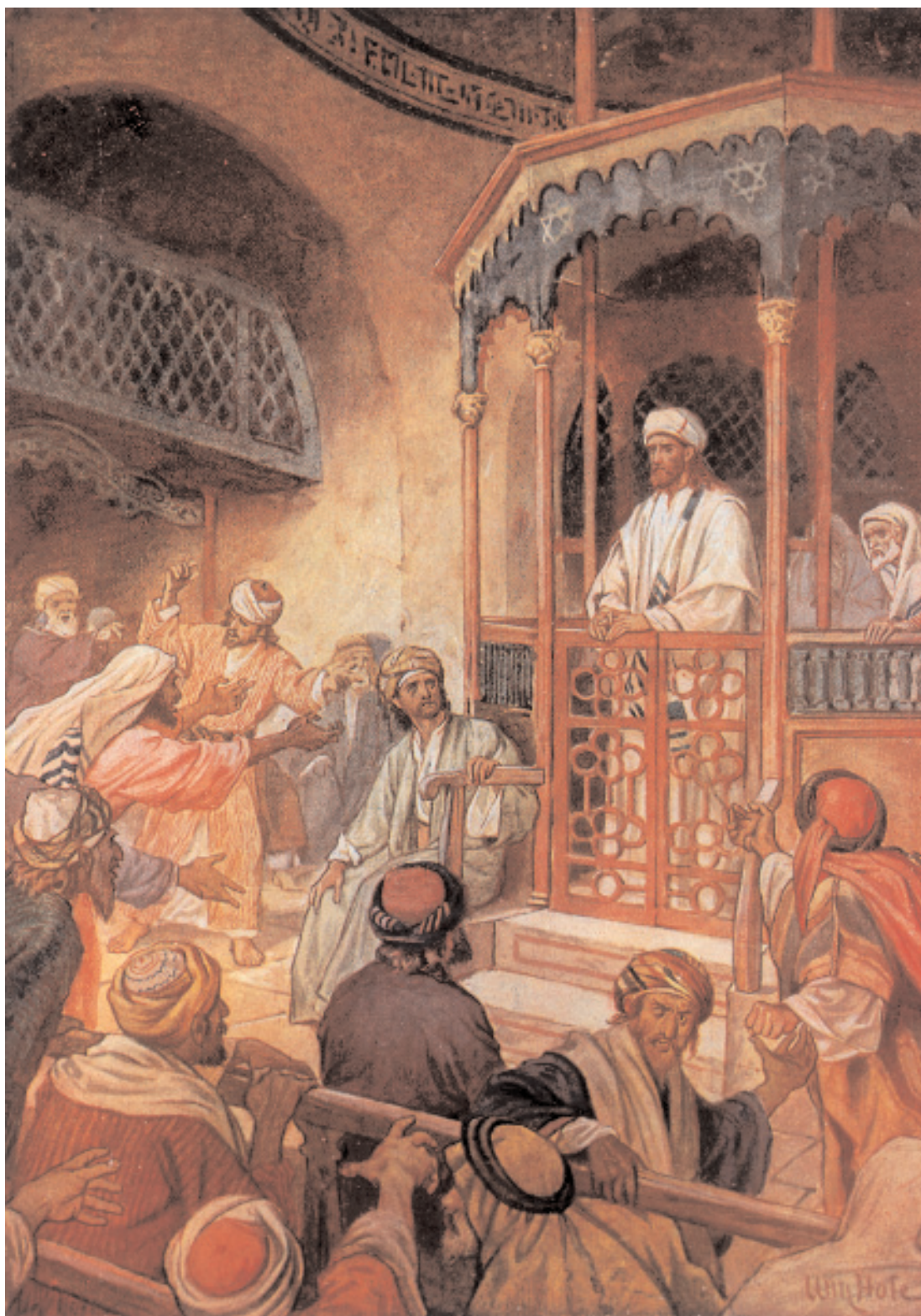
San Mateo VIII, 53-58; San Marcos VI, 1-6;

San Lucas IV, 16-30.

Núm. 23.—Explicación de la lámina:

«El diseño del interior aquí representado, anota el artista, está tomado de la sinagoga de los judíos Sefardim, la más antigua de Jerusalén. Se muestran aquí los rasgos característicos de semejantes edificios religiosos: la tribuna central, ocupada por los ancianos y por el jefe de la sinagoga, desde cuya parte anterior son leídas las lecciones correspondientes al día, con su Midrash» o comentario —previa la autorización del jefe— por alguno capaz que se ofrezca a desempeñar esta función. La tribuna lateral, enrejada, oculta a las mujeres de la congregación.

Supone el artista, ateniéndose al orden de San Lucas, que esta especie de fracaso del Señor en su patria, coincide con los comienzos de su ministerio galilaico: parece más cronológico el orden de San Marcos, confirmado por San Mateo, que colocan este percance al fin del segundo año.



23. ES JESÚS DESECHADO EN NAZARET.

Primeras curaciones milagrosas de Jesús en Cafarnaúm

Y se dirigen a Cafarnaúm. Y luego, los días de sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y quedaban todos asombrados de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas y fariseos...

Terminado el sábado, cuando se puso el sol, todos cuantos tenían enfermos los llevaban a Jesús. Toda la ciudad se había reunido junto a la puerta. Él, poniendo sus manos sobre cada uno, los iba curando a todos de las varias enfermedades que les aquejaban. Para que se cumpliese la palabra del profeta. Isaías, que dice (53, 4):

«Él tomó nuestras flaquezas
y llevó nuestras enfermedades.»

Le presentaron también muchos endemoniados, y él echaba a los espíritus con su palabra. Y salían de muchos los demonios gritando y diciendo: «Tú eres el Hijo de Dios». Mas él los reprimía severamente, y no les permitía hablar; pues sabían que él era el Mesías.

De madrugada, siendo aún de noche, se levantó, salió y fue a un lugar solitario, y se puso allí a orar.

Pero, Simón Pedro, con sus compañeros fueron en su busca. Cuando lo encontraron, le dijeron:

—Todos te andan buscando. Pero él les dijo:

—Vámonos a otra parte, a las aldeas vecinas, para que también predique allí la Buena Nueva del reino de Dios, porque para eso he sido enviado.

*San Mateo VIII, 16-17; San Marcos I, 21-34;
San Lucas IV, 31-41.*

Núm. 24.—Explicación de la lámina:

Cafarnaúm fue la ciudad adoptiva de Jesús y su residencia habitual durante los tres años de su ministerio evangélico. Situada al Noroeste del lago de Genesaret, junto a la vía romana, que atravesaba el Norte de Palestina, era en tiempos de Jesús una ciudad floreciente por su comercio: hoy las inciertas ruinas de Tell-Hum sugieren la idea de que allí pudo levantarse la ciudad de Jesús. Otros suponen, con no menor fundamento, que Cafarnaúm es Kan-Miniyeh.

Para la escena aquí reproducida, lo mismo que para otras correspondientes a Cafarnaúm, el artista ha tornado como modelo la ciudad de Jafa, puerto de mar igualmente, y muy semejante a ella en su vida externa.



24. PRIMERAS CURACIONES MILAGROSAS DE JESÚS EN CAFARNAÚM.

Desde la barca de Pedro propone Jesús a la muchedumbre, apiñada en la ribera, las parábolas del Reino de Dios

Aquel día, saliendo Jesús de la casa, se sentó a la orilla del mar; y allí comenzó a enseñar de nuevo. Y se reunió un concurso inmenso de gente que de todas las ciudades venían en busca de él, de suerte que él, entrando en una barca, se sentó en ella dentro ya del mar, y toda la muchedumbre estaba en la playa junto al agua; y les enseñaba muchas cosas por parábolas, y les decía en su enseñanza:

—Escuchad. He aquí que salió el sembrador a sembrar. Y acaeció al sembrar que una parte cayó junto al camino, y fue pisoteada, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. Y otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y luego brotó por no tener profundidad de terreno; y así que nació el sol la abrasó, y por no tener raíz ni humedad, se secó. Y otra parte cayó en medio de las espinas, y crecieron juntamente las espinas y la ahogaron, y no dio fruto. Y otras partes cayeron en la tierra buena, y habiendo brotado, dieron fruto que subía y se desarrollaba, y produjeron una treinta, otra sesenta, otra ciento.

Y diciendo esto, clamaba:

—El que tenga oídos para oír, escuche.

*San Mateo XIII, 1-9; San Marcos IV, 1-9;
San Lucas VIII, 4-8.*

Núm. 25.—Explicación de la lámina:

Nada como el propio comentario del artista dará idea tan exacta de la belleza del paisaje y del mérito de la ilustración. «Tal belleza, como la que posee el mar de Galilea, hay que atribuirle, no al aspecto físico del paisaje, que carece de relieve y de interés, ni siquiera a su color local, sino al juego, continuamente variado, de efectos atmosféricos. La plena luz del día no presenta a Genesaret tan ventajosamente: mientras que la aurora y la salida del sol con sus matices de perla, los reflejos del sol poniente en los montes desnudos de Basán, y los rayos de la luna sobre las rizadas ondas del lago, descubren escenas de tal belleza, que se graban profundamente en la memoria, y que deben sus encantos, no sólo a la asociación de ideas, sino también en gran parte a su valor natural».

También aquí el artista ha invertido el orden cronológico: esta lámina había de colocarse inmediatamente antes del número 33.



25. DESDE LA BARCA DE PEDRO PROPONE JESÚS A LA MUCHEDUMBRE, APIÑADA EN LA RIBERA, LAS PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS.

Primera pesca milagrosa

Jesús, habiendo subido a una de las barcas, la que era de Simón, le rogó que retirase un poco la nave de la orilla. Y habiéndose sentado, desde la barca enseñaba a las turbas.

Cuando cesó de hablar, dijo a Simón:

–Guía mar adentro, y soltad vuestras redes para la pesca.

Y respondiendo Simón, dijo:

–Maestro, toda la noche hemos estado bregando y nada hemos cogido; con todo, sobre tu palabra echaré las redes.

Y habiendo hecho esto, cogieron gran multitud de peces; tanto, que se rompían sus redes. Y con señas llamaron a los compañeros que estaban en la otra barca para que viniesen a ayudarles. Y vinieron y llenaron ambas barcas, de suerte que se hundían. Y viéndolo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús diciendo:

–¡Señor, retírate de mí que soy hombre pecador!

Porque le había sobrecogido un pasmo a él, y a todos los que con él estaban, por la cantidad de peces que habían cogido; y lo mismo también a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y dijo Jesús a Simón:

–No temas; de hoy en adelante, serán hombres los que pescarás.

Y a él y a su hermano Andrés les dijo:

–Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

Y ellos, al instante, habiendo sacado las barcas a tierra, dejadas las redes y todo lo demás, le siguieron.

*San Mateo IV, 18-22; San Marcos I, 16-20;
San Lucas V, 1-11.*

Núm. 26.–Explicación de la lámina:

Este milagro, uno de los primeros que hizo Jesús en Galilea, tenía en la mente del Señor una significación profunda: no sólo había de confirmar la fe de sus primeros discípulos, sino que disponía sus ánimos a su vocación definitiva y anunciaba su futura elevación a la dignidad apostólica con sus trabajos y espléndidos resultados.

La barca de Pedro, que Jesús aprovechaba para predicar y para atravesar el lago, no se diferenciaría esencialmente, dado el espíritu tradicionalista y aun rutinario del Oriente, enemigo siempre de toda innovación, de las modernas lanchas pescadoras de Palestina, que el artista ha reproducido.

La playa pintada en el fondo es la occidental, la única que tiene ciudades a orillas del lago.



26. PRIMERA PESCA MILAGROSA.

Vocación de San Mateo

Y tras esto, salió de nuevo al mar, y toda la muchedumbre venía a él, y escuchaba su enseñanza. Y caminando junto al mar vio a un publicano, llamado Mateo, o Leví, hijo de Alfeo, sentado en su despacho de aduanas, y le dice:

—Sígueme.

Él, levantándose, lo dejó todo y se fue en pos de Jesús.

Mateo hizo en su casa un gran convite en obsequio de Jesús. Una vez en la casa de Mateo, Jesús se recostó junto a la mesa, y muchos publicanos y pecadores se recostaron con él y sus discípulos, pues eran muchos y le seguían. Los fariseos y los escribas; viendo que comía con los pecadores y publicanos, murmuraban y decían a sus discípulos:

—¿Por qué vosotros y vuestro maestro coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?

Jesús, que lo oyó, respondiendo, les dijo:

—No tienen necesidad de médico los sanos y robustos, sino los que están mal. Id y aprended qué quiere decir «misericordia quiero y no sacrificio» (Os. 6, 6). Que no vine a llamar a justos, sino a pecadores a penitencia.

*San Mateo IX, 9-13; San Marcos II, 13-17;
San Lucas V, 27-32.*

Núm. 27.—Explicación de la lámina:

Cafarnaúm, límite entre los estados de Herodes Antipas y de Filipo, era sitio de aduanas. Estos impuestos no se pagaban a los romanos, sino al tetrarca Antipas; aunque los cobradores no era empleados reales, sino compañías de carácter privado, que los arrendaban. Había sus tarifas fijas, que no siempre se respetaban. Los empleados de aduanas, altos y bajos, recibían vulgarmente el nombre de publicanos, cuyo empleo, aunque sumamente odioso a los judíos, tenía muchos pretendientes; y una vez dejado, no era fácil volverlo a recuperar. San Mateo, llamado también Leví, era como Zaqueo, uno de los empleados superiores.

El artista ha escogido acertadamente la puerta de la ciudad que mira al mar: la exactitud arqueológica se da la mano con la verdad estética.



27. VOCACIÓN DE SAN MATEO.

El sermón del monte

Aconteció por aquellos días que Jesús salió de la ciudad y subió a la montaña para orar, y pasó toda la noche en oración a Dios. Y cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, los que él quiso, y se fueron a él. Fueron doce los elegidos, a quienes además dio el nombre de «Apóstoles» o «Enviados».

Bajando Jesús con sus discípulos se detuvo en un llano, y habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su divina boca, se puso a enseñarles, diciendo:

–Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

–Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

–Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

–Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

–Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

–Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

–Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

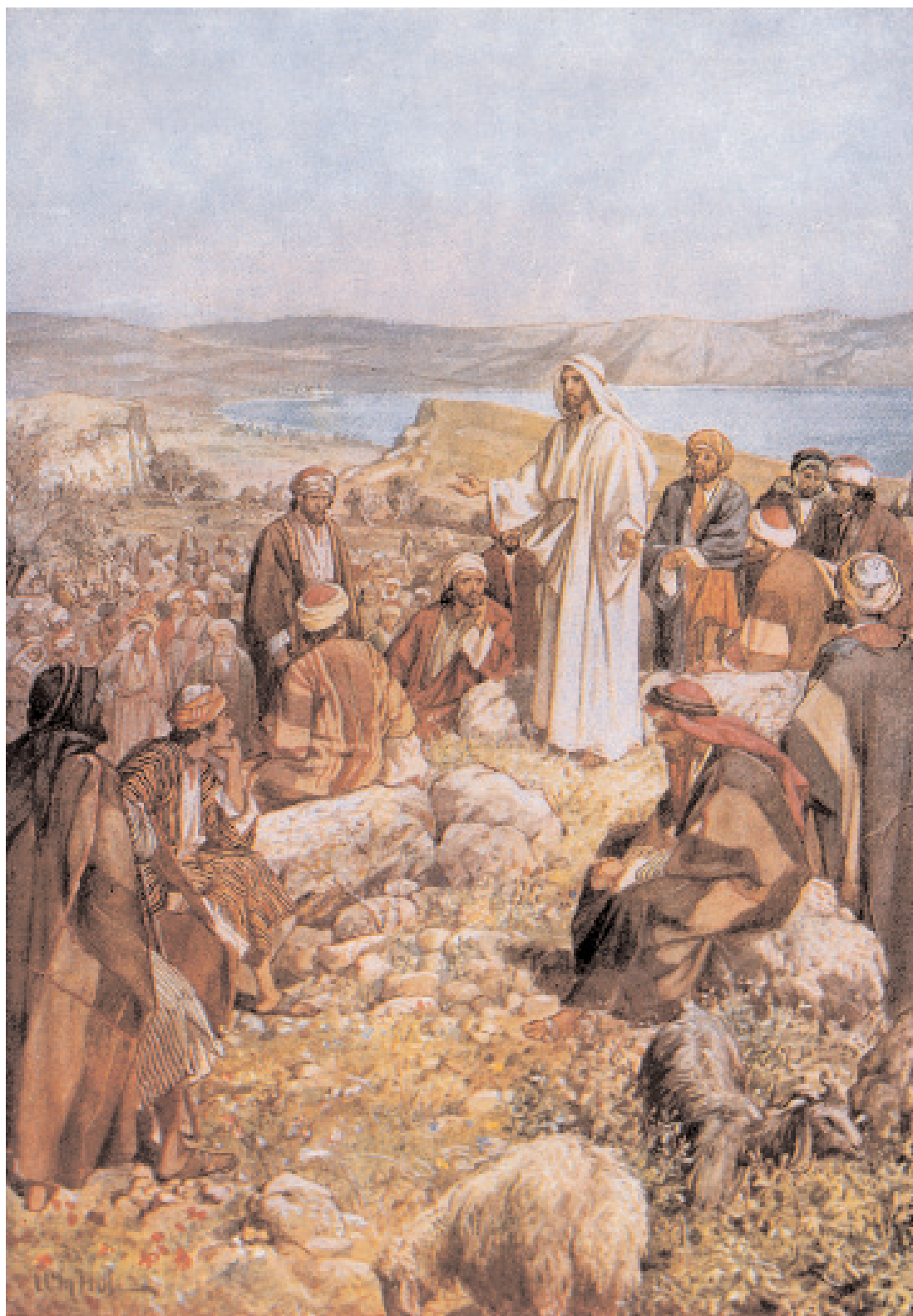
–Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque a ellos pertenece el reino de los cielos.

–Dichosos seréis cuando os insultaren, cuando os persiguieren y cuando mintiendo dijeren todo mal contra vosotros por causa mía. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos...

San Mateo V, 1-12; San Lucas VI, 20-23.

Núm. 28.–Explicación de la lámina:

Este monte de las Bienaventuranzas, se levanta sobre el valle de la Paloma, especie de hendidura entre los montes, que da fácil acceso a la cumbre desde las vecinas ciudades de la ribera del lago. Cafarnaúm está a la vista, no lejos del sitio donde el Jordán desemboca en el lago: a lo lejos, en el horizonte septentrional, a unos 50 kilómetros de distancia, se divisa la cumbre nevada del Hermón; algunos kilómetros más acá de Cafarnaúm se ven los techos de Betsaida entre la fresca verdura de los jardines y palmeras que la rodean; Magdala está oculta a un lado, al pie del valle. La cumbre del monte es una pequeña explanada de algunos miles de metros cuadrados, desde donde se puede oír expeditamente la voz de un orador por las muchedumbres reunidas en el rellano inferior.



28. EL SERMON DEL MONTE.

Jesús limpia a un leproso

Aconteció que, estando en una ciudad, he aquí que viene a él un hombre lleno de lepra, el cual al ver a Jesús, doblando las rodillas y cayendo sobre su rostro, le adoraba, y le rogó diciendo:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

Conmovido su corazón, extendiendo su mano le tocó, diciendo:

—Quiero, queda limpio.

Y al instante le desapareció la lepra y quedó limpio. Y tomando con él un tono severo, le despidió luego de sí, diciendo:

—Mira no digas nada a nadie, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación el don, como lo ordenó Moisés, para testimonio de ellos.

Mas él, así que marchó, comenzó a publicar y a divulgar el hecho, de suerte que Jesús ya no podía entrar públicamente en ciudad alguna; sino que se quedaba fuera en parajes desiertos. Y se difundía más y más su renombre, y acudían a él de todas partes grandes muchedumbres para oírle y ser curados de sus enfermedades. Mas él se retiraba a sitios desiertos y se daba a la oración.

*San Mateo VIII, 1-4; San Marcos I, 40-45;
San Lucas V, 12-16.*

Núm. 29.—Explicación de la lámina:

La lepra era para los judíos uno de los más terribles castigos de Dios, y para Jesús la más viva imagen del pecado: por eso el Salvador miró siempre a los leprosos con extraordinaria compasión. Excluidos de la sociedad de sus semejantes y relegados a las puertas de la ciudad, se veían obligados a aumentar su aislamiento, alejando de sí a toda persona que se les acercase, con el grito lastimero de «¡Impuro! ¡Impuro!». Este horror de la gente a la vista de un leproso ha sabido expresarlo felizmente el artista.

Ingeniosamente, también, ha excluido del cuadro el lago de Genesaret para no verse obligado a localizar determinadamente la ciudad, cuyo nombre no han conservado los evangelistas.

El autor, siguiendo la aparente indicación de San Mateo, supone que el milagro acaeció inmediatamente después del sermón del monte: es muchísimo más probable que sucediera antes, al fin del primer año de la vida pública del Señor, durante su primera misión por Galilea.



29. JESÚS LIMPIA A UN LEPROSO.

La fe del Centurión

Un centurión tenía un esclavo, a quien apreciaba mucho, enfermo y a punto de morir. Como hubiese oído hablar de Jesús, envió a él algunos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y diese salud a su esclavo. Le decía:

—Señor, mi muchacho está en mi casa en cama, paralítico y padece dolores terribles.

Ellos, venidos a Jesús, le instaban solícitamente, diciendo:

—Es digno de que le otorgues esto; pues quiere bien a nuestro pueblo, y él nos edificó la sinagoga.

Les dice:

—Yo iré y le curaré.

Jesús se fue con ellos. Mas cuando no estaba ya muy lejos de la casa, le envió el centurión a unos amigos, diciéndole:

—Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres en mi casa: por lo cual ni siquiera me he considerado digno de ir a ti; sino ordénalo con sólo tu palabra, y quedará sano mi muchacho. Pues también yo, subordinado como estoy a la autoridad de otro, tengo soldados a mi mando, y digo a éste: «Ve»; y va; a otro: «Ven», y viene; y a mi esclavo: «Haz esto», y lo hace.

Oído esto, quedó Jesús maravillado de él, y, vuelto a la muchedumbre que le seguía, dijo:

—En verdad os digo, que ni siquiera en Israel he hallado fe tan grande. Yo os certifico que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se recostarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: en cambio, los hijos del reino serán echados a las tinieblas y allí, fuera: será el llanto y el rechinar de los dientes.

Y dijo Jesús a los enviados del centurión:

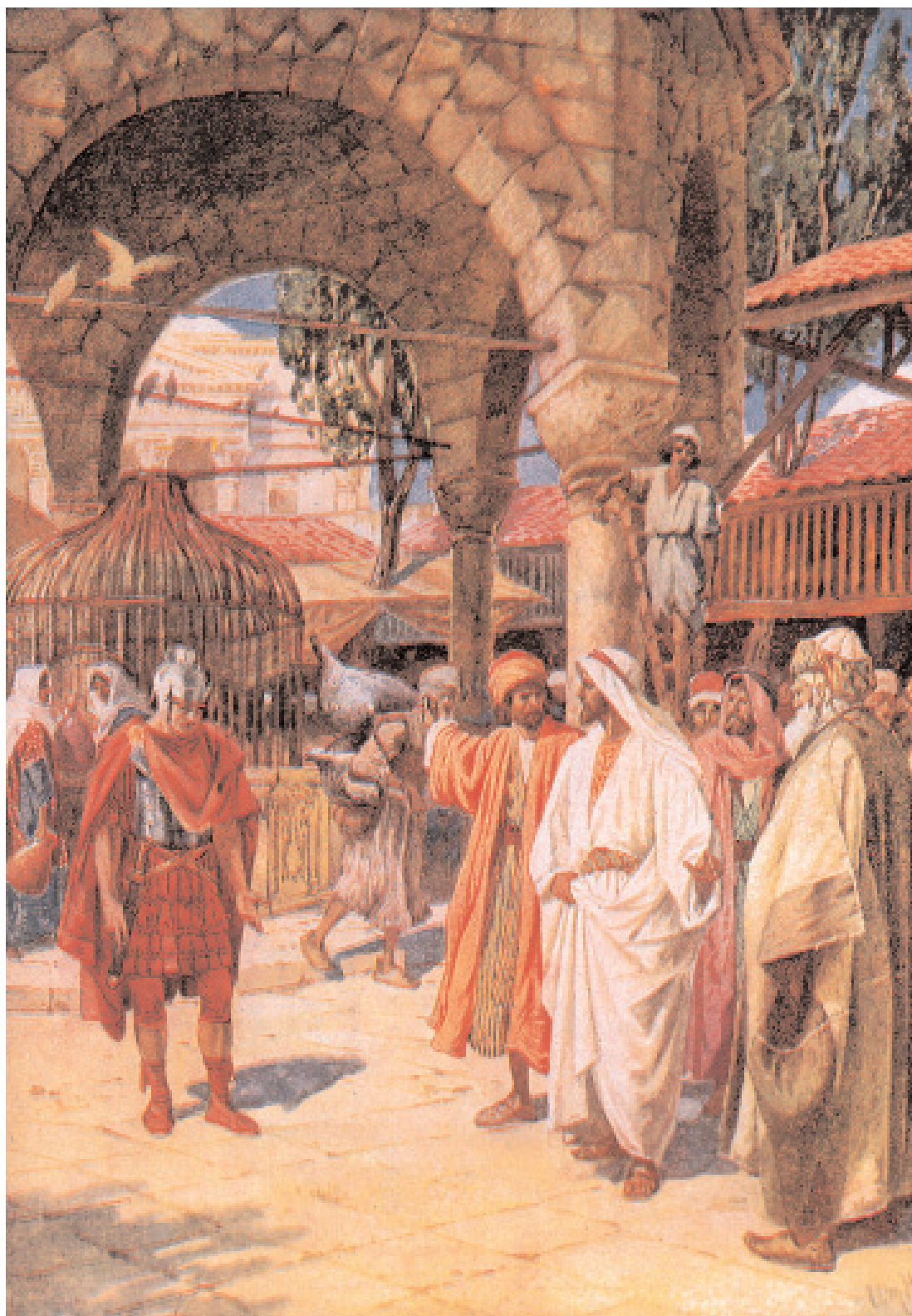
—Id y decidle; «hágase contigo, como creíste».

Y sanó el muchacho en aquella hora. Y vueltos a la casa, los enviados hallaron al esclavo con salud.

San Mateo VIII, 5-13; San Lucas VII, 1-10.

Núm. 30.—Explicación de la lámina:

Mister Hole ha sabido conciliar artísticamente las dos narraciones de San Mateo y San Lucas: los judíos, que interceden por el centurión, y el centurión, que, considerándose indigno de presentarse ante Jesús, se mantiene a respetuosa distancia, y, sobre todo, la extraña admiración del Salvador, están admirablemente expresados.



30. LA FE DEL CENTURIÓN.

Jesús resucita al hijo de una viuda de Naím

Y aconteció poco tiempo después, que marchó Jesús a una ciudad llamada Naím, y caminaban con él sus discípulos y gran tropel de gente. Y como llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre –que era viuda–, y estaba con ella mucha gente de la ciudad. En viéndola el Señor sintió que se le enternecía el corazón hacia ella, y le dijo:

–No llores.

Y llegándose al féretro, lo tocó –y los que lo llevaban se detuvieron–, y dijo:

–Muchacho, yo lo digo, levántate.

Y se incorporó el difunto, y comenzó a hablar; y se lo entregó a su madre. Quedaron todos sobrecogidos de temor, y glorificaban a Dios, diciendo:

–Un gran profeta se ha levantado en medio de nosotros.

Y añadían:

–Dios ha visitado a su pueblo.

Y se difundió esta noticia acerca de él por toda la Judea y por todos los países comarcanos.

San Lucas VII, 11-17.

Núm. 31.–Explicación de la lámina:

Copiamos casi a la letra el comentario del artista: «Naím –la Bella– está situada en la vertiente de una colina, impropriamente llamada “el pequeño Hermón”, que forma la extremidad septentrional de los montes de Gelboé, y domina el llano de Esdrelón y Nazaret, de la cual dista unos 10 kilómetros. El ceremonial observado en los funerales es hoy el mismo que en los tiempos bíblicos. El cadáver, envuelto en los lienzos mortuorios, atada la cabeza con un sudario, es llevado sobre un féretro descubierto al lugar de la sepultura. En una pequeña población, la mayor parte de los habitantes muestran su sentimiento por la pena de los más íntimos amigos y conocidos, acompañando el cadáver hasta el sepulcro. Aun los más pobres tendrían como una desgracia el no poder procurarse a lo menos dos plañideras alquiladas y dos flautistas, que guiasen la comitiva».



31. JESÚS RESUCITA AL HIJO DE UNA VIUDA DE NAÍM.

Una mujer pecadora, a los pies de Jesús

Rogó a Jesús uno de los fariseos que comiese con él; y entrando en la casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y he aquí que se presenta una mujer, de aquella ciudad que era pecadora; la cual, enterándose que Jesús comía en casa del fariseo, tomó consigo un frasco de alabastro lleno de perfume, y puesta detrás junto a sus pies llorando, comenzó con sus lágrimas a bañarle los pies, y con los cabellos de su cabeza se los enjugaba, y le besaba fuertemente los pies, y se los ungía con el perfume. Viendo esto el fariseo que le había invitado, dijo dentro de sí mismo: «Ése, si fuera profeta, conocería quién y qué tal es la mujer que le toca, cómo es pecadora». Y entonces, le dijo Jesús:

—Simón, tengo una cosa que decirte.

Él dijo:

—Maestro, di.

—Un prestamista tenía dos acreedores: el uno le debía quinientos denarios, el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagarle, les perdonó a entrambos la deuda. ¿Quién, pues, de ellos le amará más?

Respondiendo Simón, dijo:

—Supongo que aquel a quien más perdonó.

Él le dijo:

—Rectamente has juzgado.

Y vuelto a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste ósculo; mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No me ungiste con óleo la cabeza; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo, le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho; mas a quien poco se perdona, poco ama.

Y dijo a ella:

—Vete en paz; quedan perdonados tus pecados.

Y empezaron a decir entre sí, los que con él estaban a la mesa:

—¿Quién es éste, que hasta los pecados perdona?

San Lucas VII, 36-50.

Núm. 32.—Explicación de la lámina:

En tiempo de Jesús, los judíos más acomodados habían adoptado el triclinio romano. Quitadas las sandalias, que dejaban a la entrada, se recostaban sobre tapizados divanes, apoyándose en el codo izquierdo: los pies, descalzos y lavados, caían hacia afuera. Estas circunstancias, vivamente expresadas en la pintura, son reveladoras para la inteligencia del relato evangélico.



32. UNA MUJER PECADORA LLORA SUS EXTRAVÍOS A LOS PIES DE JESÚS.

Jesús calma la tempestad

Aquel mismo día, al atardecer, les dice: –Pasemos a la otra parte del lago. Y dejando la turba, le toman consigo, tal como estaba en la nave. Había también con él otras barcas. Embarcados ya él y sus discípulos, se hicieron a la mar. Y mientras navegaban, se echó sobre el lago una gran tempestad de viento, que causó gran agitación en el mar, y las olas se precipitaban sobre la barca, de suerte que la nave se llenaba ya y cubría con las olas, y peligraban. Y él estaba en la popa durmiendo apoyado en el cabezal. Y viniendo a él los discípulos, le despiertan y le dicen:

–Maestro, Maestro, estamos perdidos... Señor, sálvanos... ¿No se te da nada de que perezcamos?

Despertando Jesús, les dice:

–¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

Entonces, levantándose, habló con imperio al viento y al oleaje del mar:

–¡Silencio! ¡Calla!

Y amainó el viento, y sucedió una gran bonanza. Y les dijo:

–¡Hombres de poca fe! ¿Por qué tenéis miedo? ¿Por qué todavía no creéis?

Y ellos quedaron grandemente espantados, y expresaban su admiración diciendo unos a otros:

–¿Quién, pues, será éste, que manda a los vientos y al agua, y los vientos y el mar le obedecen?

*San Mateo VIII, 23-27; San Marcos IV, 35-41;
San Lucas VIII, 22-25.*

Núm. 33.–Explicación de la lámina:

«Los vientos se precipitan con bastante rapidez sobre el lago, y no es raro ver en el espacio de media hora cubrirse de espumantes olas su superficie antes sosegada y lisa como una balsa de aceite. Esto acontece, sobre todo, en la zona septentrional, donde los desfiladeros de Este y Oeste dan paso a los vientos de Levante y Poniente... Cuando el lago está agitado, lo está más o menos en toda su extensión, con esta diferencia: que con los vientos del Este y del Oeste el movimiento de las olas es más marcado en el Norte, mientras que con el viento del Sur toda la superficie se agita violentamente, y se producen olas cuya altura alcanza a más de dos metros» (Dom Zephyrin Biever, *Au bond du lac de Tibériade*, Conférences de Saint-Étienne, 1909-1910).

Un dato curioso. De los tres sinópticos que refieren este milagro estupendo del Salvador, el que con más precisión habla de la tormenta es San Marcos. Sabido es que el segundo evangelista reproduce la predicación de San Pedro, marinero de profesión, y que se halló presente en este peligro.



33. JESÚS CALMA LA TEMPESTAD.

El endemoniado de Gerasa

Y vinieron a la otra parte del mar a la región de los gerasenos, o gadarenos, que está frente a frente de Galilea. Y así que salió de la nave y echó pie a tierra, luego vinieron a su encuentro dos endemoniados de la ciudad, que salían de los sepulcros, hombres feroces en extremo hasta el punto de no poder nadie pasar por aquel camino. Y viendo desde lejos a Jesús corrieron hacia él, y postrados le adoraron, y dando grandes gritos, dijeron:

—¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús, Hijo del Altísimo! ¿Viniste acá para atormentarnos antes de tiempo? Te suplico, te conjuro por Dios, que no nos atormentes.

Porque les decía:

—Espíritus inmundos: salid de esos hombres.

Y les preguntaba Jesús:

—¿Cuál es vuestro nombre?

Y le dicen:

—«Legión» es nuestro nombre, porque somos muchos.

En efecto, habían entrado en ellos muchos demonios. Y le suplicaban instantemente que no los echase fuera de aquella región, y que no les mandase volverse al abismo.

Había allí, a cierta distancia de ellos, una piara de muchos puercos, que pacían por el monte. Y los demonios le rogaban diciendo:

—Si nos echas, mándanos a los puercos, y permítenos entrar en ellos.

Y se lo concedió, diciendo:

—Andad.

Los espíritus inmundos; saliendo de los hombres, entraron en los puercos, y toda la piara se lanzó por el precipicio al mar como unos dos mil, y se ahogaron en el mar. Y sus pastores, viendo lo acaecido, se dieron a huir, y fueron a la ciudad y por los campos, dando aviso de todo y qué era de los endemoniados.

San Mateo VIII, 28-34; San Marcos V, 1-20; San Lucas VIII, 26-39.

Núm. 34.—Explicación de la lámina:

Jesús se ha retirado aparte para orar con reposo. Súbitamente, de una de las tumbas abiertas en la parte fronteriza de la peña adyacente se precipita un loco furioso y desnudo, atormentado por los demonios y sangrando de las heridas que él mismo se ha hecho. Con gritos medio articulados, cae de rodillas, y las olas furiosas que se desencadenan dentro de su pecho se muestran obedientes, lo mismo que los elementos, a las palabras de imperio: Calla, enmudece.



34. EL ENDEMONIADO DE GERASA.

El paralítico de Cafarnaúm

Pasado algún tiempo volvió a su ciudad de Cafarnaúm. Y aconteció que cierto día estaba él enseñando. Corrió la voz de que estaba en casa, y se aglomeraron muchos, de suerte, que ya no se cabía ni siquiera junto a la puerta, y les dirigía la palabra. Estaban allí sentados fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todas las aldeas de Galilea y de Judea y de Jerusalén. Y el Señor tenía poder para sanar.

Y he aquí, que llegan cuatro hombres que llevaban en una camilla a un hombre paralítico, y buscaban cómo introducirlo y ponerlo en presencia de Jesús. Y no hallando por donde introducirlo, por causa de la muchedumbre, subieron encima de la azotea, la destecharon quitando algunas tejas, por encima de donde estaba Jesús, y por la abertura practicada, descuelgan la camilla en que yacía el paralítico, y le ponen en medio delante de él. Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico:

—Ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.

Y los escribas y fariseos, comenzaron a pensar dentro de sus corazones, diciendo:

—¿Quién es ese que así habla? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?

Penetrando Jesús con su espíritu los pensamientos de ellos, respondiendo, les dijo:

—¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir al paralítico: «Te son perdonados tus pecados»; o decir: «Levántate, toma tu camilla, y anda»? Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra la potestad de perdonar pecados, dice al paralítico:

—A ti te lo digo; levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa.

Y al instante, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla en que yacía, y se fue a su casa glorificando a Dios. Y se apoderó de todos el asombro, y glorificaban a Dios, que dio tal potestad a los hombres. Y llenos de temor decían:

—Hemos visto hoy maravillas extraordinarias; como nunca tal vimos.

San Mateo IX, 1-8; San Marcos II, 1-12; San Lucas V, 17-26.

Núm. 35.—Explicación de la lámina:

Para el objeto arqueológico del artista tenía menos interés la representación directa del milagro de la curación, que sus circunstancias locales. El boquete abierto en el techo nos descubre el aposento atestado de gente, donde Jesús curó al paralítico, y nos pinta al vivo la endeble estructura del techo: unas vigas empotradas en las paredes, ramas de árboles y hojas de palmera extendidas sobre las vigas, y cubriéndolo todo, una ligera capa de tierra, sobre la cual llega a crecer la hierba.



35. EL PARALÍTICO DE CAFARNAÚM.

La hemorroísa, curada del flujo de sangre

Y mientras iba, le seguía mucho gentío, y le oprimían. Y una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años y que había padecido mucho de parte de muchos médicos, y había gastado con ellos todos sus haberes, y que, lejos de ser curada por nadie, más bien se hallaba peor, como hubiese oído lo que se contaba de Jesús vino entre la turba, y llegándose por detrás, tocó la franja de su manto. Pues se decía: «Si tocare solamente sus vestiduras, seré salva». Y al momento se le detuvo el flujo y se le secó la fuente de la sangre, y sintió en el cuerpo que estaba curada de su enfermedad. Y al punto Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de él, volviéndose en medio de la turba, decía:

—¿Quién me ha tocado?

Y como todos lo negasen, Pedro y los que con él estaban le dijeron:

—Maestro, ves que las turbas te oprimen y estrujan, y tú dices: ¿Quién me ha tocado?

Dijo Jesús:

—Alguien me tocó; pues yo he conocido que una virtud ha salido de mí.

Y miraba alrededor para ver a la que había hecho esto. La mujer, sabiendo lo que había pasado por ella, y viendo que había sido descubierta, atemorizada y temblorosa, vino y se postró a sus pies, y delante de toda la gente le confesó toda la verdad; por qué motivo le había tocado, y cómo al instante había quedado sana. Mas él la dijo:

—Buen ánimo, hija; tu fe te ha salvado; vete en paz y queda sana de tu enfermedad.

Y así fue, que la mujer quedó sana desde aquel punto.

San Mateo IX, 20-22; San Marcos V, 24-34; San Lucas VII, 42-48.

Núm. 36.—Explicación de la lámina:

Están aquí representadas al vivo las calles estrechas, irregulares, de una población del Asia Occidental, con sus arcos o estribos que ponen en comunicación los lados opuestos, con sus balcones salientes cubiertos con celosías y con sus pequeñas tiendas al aire libre. El Mercado abovedado de trigo que se ve a la derecha es una adaptación del Suk-el-Bizar de Jerusalén. Con la exactitud arqueológica ha juntado el artista la exactitud histórica, pintando en las actitudes, en los gestos, en las caras de los hombres toda la vida social de una antigua ciudad judía.

La hemorroísa ha sido objeto de muchas leyendas: se la ha llamado Verónica y se la ha identificado con la mujer que se dice haber enjugado el rostro del Señor en la calle de la Amargura. Según Eusebio, en Paneas existía la tradición de que esta mujer era originaria de aquella ciudad, y aun se mostraba su casa.



36. LA HEMORROÍSA, CURADA DEL FLUJO DE SANGRE.

Resurrección de la hija de Jairo

Y he aquí que llega uno de los arquisinagogos, llamado Jairo, jefe de la sinagoga, el cual, así que le vio, se postró a sus pies y le adoró, y le suplicaba instantemente que viniese a su casa, porque una hija suya, única, de unos doce años, se le moría. Decía:

—Señor, mi hijita se va acabando; pero ven, pon tus manos sobre ella para que se salve y viva.

Y levantándose Jesús, se fue con él; le siguieron los discípulos.

Estaba Jesús hablando todavía, cuando viene uno de casa del arquisinagogo para decirle:

—Tu hija ha fallecido; ¿a qué molestar ya al Maestro?

Mas Jesús, que ya había entreoído lo que le comunicaban, respondió al jefe de la sinagoga:

—No temas; ten fe solamente, y será salva.

Y no permitió que nadie siguiese con él, sino Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Y llegan a la casa del arquisinagogo, y no dejó que nadie entrase con él, sino los tres discípulos y el padre y la madre de la niña. Todos la lloraban y plañían. Ve Jesús el tumulto, los flautistas y la gente que lloraba y daba grandes alaridos, y entrando, les dice:

—¿Por qué andáis alborotados y lloráis? No lloréis, que la niña no está muerta, sino dormida.

Y se burlaban de él, sabiendo que había muerto. Él entonces les dijo:

—Retiraos.

Y habiéndolos echado a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que iban con él, y entra a donde estaba la niña. Y tomando de la mano a la niña, le dice en voz alta:

—*Talithá qum* (i) (que traducido quiere decir): «Niña (te lo mando), levántate».

Y al instante se levantó la niña, y se puso a andar, pues tenía doce años.

San Mateo, IX 18-19, 23-26; San Marcos V, 21-24, 35-43;

San Lucas VIII, 40-42, 49-56.

Núm. 37.—Explicación de la lámina:

Pocos meses habían pasado desde que Jesús curó al siervo del Centurión romano. Uno de los que entonces había intercedido por el centurión, que les había construido la sinagoga, era, sin duda, el jefe mismo de la sinagoga, Jairo: quien, alentado por la bondad y el poder de Jesús, acude ahora a él rogándole que salve la vida a su propia hija.



37. RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIR.

El paralítico de la piscina, curado por Jesús

Después de esto se celebraba la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las Ovejas, un estanque, por sobrenombre en hebreo Betsata, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos e impedidos que aguardaban la agitación del agua. Porque de tiempo en tiempo un ángel bajaba al estanque y removía el agua.

El primero, pues, que después de la agitación del agua entraba en ella, quedaba sano de cualquiera enfermedad que le aquejase.

Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años en su enfermedad. A éste, como viese Jesús tendido en el suelo, y conociese que llevaba mucho tiempo, le dice:

—¿Quieres sanar?

Le respondió el enfermo:

—Señor, no tengo un hombre que cuando se remueva el agua me eche en el estanque, y en tanto que yo llego, otro baja antes que yo.

Le dice Jesús:

—Levántate, toma tu camilla, y anda.

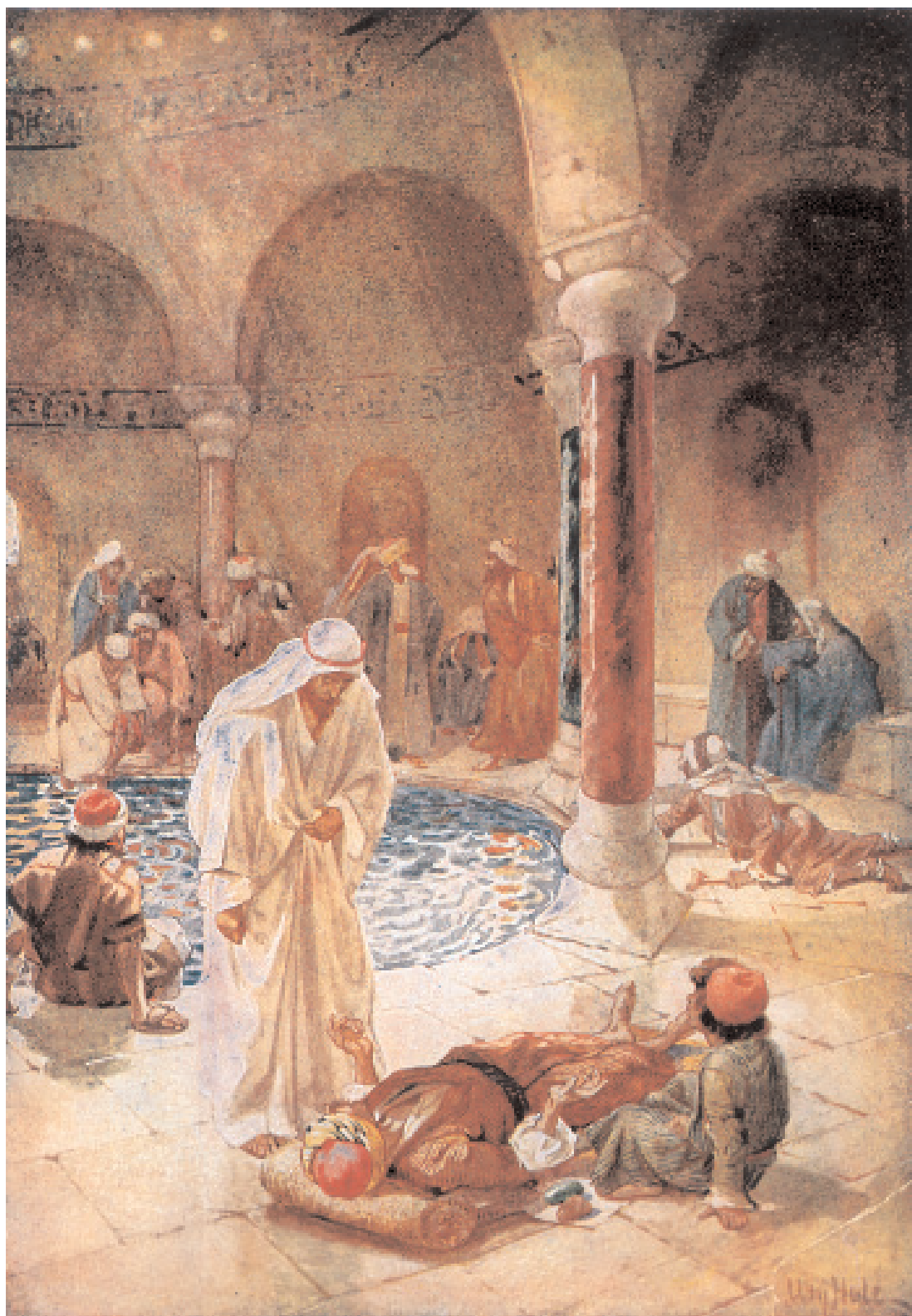
Y al instante quedó sano aquel hombre, y tomó su camilla y andaba.

San Juan V, 1-18.

Núm. 38.—Explicación de la lámina:

La expresión bastante común de «probática piscina», es probablemente inexacta: el texto evangélico parece decir que «en la puerta Probática (o de las Ovejas) había una piscina llamada en hebreo Betsaida», o mejor Bethesda o Betsata. «Tenía esta piscina o estanque cinco pórticos». Según la indicación de San Cirilo de Jerusalén había cuatro pórticos en torno de la piscina y uno en el medio; esto es, estaba la piscina rodeada de cuatro galerías en forma de cuadrilátero, cuyos dos lados mayores quedaban unidos por una galería transversal, el quinto pórtico, que dividía la piscina en dos recipientes, o en dos piscinas gemelas, como se expresaba el peregrino de Bordeaux (333).

Hay hacia el Norte del templo dos aljibes que han sido identificados con la piscina del Evangelio. Hasta hace poco se creía que Betsata era el aljibe llamado actualmente Birket-Israín, situado al Nordeste de la explanada del templo. Hoy se cree generalmente que es otro aljibe, que se halla más hacia el Norte en el terreno de la iglesia francesa de Santa Ana.



38. EL PARALÍTICO DE LA PISCINA, CURADO POR JESÚS.

Primera multiplicación de los panes y peces

Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Levantando Jesús los ojos, y viendo que era grande el gentío que venía a él, se le enterneció el corazón, porque andaban como ovejas sin pastor. Y recibéndolos comenzó a enseñarles largamente y a hablarles del reino de Dios, y curaba a los enfermos que lo necesitaban.

Siendo ya tarde, se llegaron a él sus discípulos y le dijeron:

–El lugar está despoblado y es muy tarde: despídelos para que vayan a las granjas y aldeas vecinas a comprarse qué comer.

Pero él respondió:

–No tienen necesidad de marcharse; dadles vosotros de comer.

Ellos le dijeron:

–¿Quieres que vayamos a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?

Él les contestó:

–¿Cuántos panes tenéis?

Le dice Andrés, el hermano de Simón Pedro:

–Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescaditos, pero ¿qué es esto para tanta gente?

Les dijo él:

–Haced que los hombres se sienten por grupos sobre la hierba.

Y tomando Jesús los panes y los peces, alzando los ojos al cielo, y dando gracias, los bendijo, los partió y dio a los discípulos para que los distribuyesen. Comieron todos cuanto querían y quedaron saciados. Recogiendo los trozos sobrantes, llenaron doce canastos, habiendo sido los que comieron unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

San Mateo XIV, 13-23; San Marcos VI, 33-46;

San Lucas IX, 11-17; San Juan VI, 2-15.

Núm. 39.-Explicación de la lámina:

Al Noroeste del lago, en las praderas vecinas a la ciudad de Betsaida Julias, probablemente en la pequeña llanura de Batiha, a unos 10 kilómetros de Cafarnaúm se realizó el espléndido milagro de la primera multiplicación de los panes y peces, único narrado a la vez por los cuatro evangelistas.

Para apreciar mejor la grandiosidad del milagro y la propia belleza con que nos lo pinta el artista, hay que recordar sus circunstancias. Es la tarde de uno de los primeros días de Nisán: estamos en primavera, y el prado de Batiha, lo mismo que los collados vecinos, están vestidos de verde hierba, como notan los evangelistas. Los últimos rayos del sol, que se oculta detrás de los montes de Galilea, iluminan aquellos grupos de gente, que, con sus vestidos de colores sobre la verde hierba, parecen desde lejos macetas o canastillas de flores.



39. PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y PECES.

Jesús camina sobre las ondas del mar de Tiberíades

Cuando fue ya tarde, bajaron sus discípulos al mar: y habiéndose embarcado, se dirigieron a la otra orilla del mar hacia Cafarnaúm. Y era ya noche obscura, y todavía Jesús no había vuelto a ellos. Y el mar se encrespaba con el gran viento que soplaba. Y la barca estaba ya en alta mar azotada por las olas; porque el viento les era contrario. Hacia la cuarta vigilia de la noche, cuando había ganado unos veinticinco o treinta estadios, viendo Jesús que se fatigaban remando, se fue a ellos caminando sobre el mar; y hacía ademán de pasarles de largo. Ellos, viéndole que caminaba sobre el mar, y que se aproximaba a la barca, se alborotaron, diciendo:

—Es un fantasma.

Y con el miedo se pusieron a gritar. Porque todos le vieron. Y al punto les habló Jesús, diciendo:

—Tened ánimo: soy yo, no temáis.

Respondiéndole Pedro, dijo:

—Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas.

Le dijo:

—Ven.

Y bajando de la nave, comenzó Pedro a caminar sobre las aguas y se fue hacia Jesús. Pero viendo el viento que soplaba, temió, y comenzando a sumergirse, gritó diciendo:

—Señor, sálvame.

Al instante Jesús, extendiendo su mano, asió de él y le dice:

—¡Hombre de poca fe!, ¿por qué has temido?

Entonces tuvieron la satisfacción de recibirle dentro de la barca. Y así que hubieron subido en la barca, amainó el viento. Y los que allí estaban le adoraron diciendo:

—Verdaderamente eres Hijo de Dios.

San Mateo XIV 24-33; San Marcos VI, 47-52; San Juan VI, 16-21.

Núm. 40.—Explicación de la lámina:

Desde el llano de Batiha, junto a Betsaida Julias, donde Jesús había multiplicado los panes y los peces, se dirigieron los apóstoles, obligados por el Señor, a la aldea de Betsaida, patria de Pedro, que estaba en la costa occidental del lago. La travesía hubiera sido muy corta; pero un viento Norte o Noroeste los alejaba continuamente de su término, impeliendo la nave hacia el Sur o el Sudeste. Cuando Jesús alcanzó a sus discípulos era la cuarta vigilia de la noche, hacia las tres de la madrugada.



40. JESÚS CAMINA SOBRE LAS ONDAS DEL MAR DE TIBERÍADES.

La mujer cananea, a los pies de Jesús

Se levantó Jesús, salió de allí, y se retiró a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, gentil, siro fenicia de raza, cuya hija tenía un espíritu inmundo, apenas oyó hablar de él, salió de aquella comarca, y daba voces diciendo:

—Compadécete de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es atormentada por el demonio de mala manera.

Él no le respondió palabra. Y llegándose sus discípulos, le rogaban diciendo:

—Despáchala, que viene gritando detrás de nosotros.

Él, respondiendo, dijo:

—No he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.

Y entrando en una casa no quiso que nadie lo supiese, mas no logró quedar oculto. Ella, entrando, se postró a sus pies y le adoró; y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio, diciendo:

—Señor, socórreme.

Él, respondiendo, dijo:

—Deja que primero se sacien los hijos; que no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

Ella respondió, y le dijo:

—Sí, Señor; que también los perrillos debajo de la mesa de sus amos comen de las migajas que caen de la mesa, o que les tiran los niños.

Entonces Jesús, respondiéndole, dijo:

—¡Oh mujer!, grande es tu fe; por eso que has dicho, hágase contigo, como deseas; anda, el demonio ha salido de tu hija.

Y quedó sana su hija desde aquel momento. La mujer, habiendo marchado a su casa, halló a la niña reposando sobre el lecho, y que el demonio había salido.

San Mateo XV, 21-28; San Marcos VII, 24-30.

Núm. 41.—Explicación de la lámina:

«La pintura representa, anota el mismo artista, la perspectiva y los jardines de los alrededores de Beirut, que está situado en la costa, al pie del monte Líbano, y en los confines siro-fenicios». Jesús, para dar lugar a que se calmase la ira de sus enemigos, salió de Cafarnaúm y de Galilea, y llegó al territorio limítrofe de Tiro y Sidón, o sea, a la Fenicia. La mujer que vino a postrarse a los pies de Jesús para implorar la salud de su hija era, según San Mateo, cananea; esto es, de la raza maldita de Canaán; y según San Marcos, gentil y siro-fenicia, es decir, fenicia de la provincia romana de Siria, para distinguirla de los fenicios de la Libia o cartagineses.



41. LA MUJER CANANEA, A LOS PIES DE JESÚS.

El primado de la Iglesia, prometido a Pedro

Saliendo de allí, se encaminó Jesús hacia las aldeas de Cesárea de Filipo. Por el camino aconteció que estando él orando a solas, estaban también con él los discípulos; y les preguntó, diciendo:

—¿Quién dicen las turbas que es el Hijo del hombre?

Ellos dijeron:

—Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías; otros, que ha resucitado uno de los antiguos profetas.

Les dice:

—Y vosotros ¿quién decís que soy?

Tomando Simón Pedro la palabra, dijo:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Respondiendo Jesús, le dijo:

—Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, pues no es la carne y sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Yo, a mi vez, te digo a ti que tú eres «Pedro», y sobre esa «Piedra» edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos; y lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos.

Entonces ordenó terminantemente a los discípulos no dijese a nadie ser él el Mesías.

*San Mateo XVI, 13-20; San Marcos VIII, 27-30;
San Lucas IX, 18-21.*

Núm. 42.—Explicación de la lámina:

«El sitio de Cesárea de Filipo es uno de los más bellos paisajes de la Palestina septentrional. Sobre un suelo tapizado de flores silvestres descansan los viajeros a la apacible sombra de las encinas, morales, olivos e higueras. Suena en todas partes el rumor de abundantes aguas, que se precipitan de las vecinas vertientes del Hermón hasta alcanzar las fuentes del Jordán, que brotan impetuosas de una caverna, al pie de una alta peña.

»Aquí, con su puñado de discípulos, llegó Jesús profundamente afligido, casi fugitivo de su propio pueblo, que definitivamente le ha rechazado.» Hasta aquí el comentario del artista.

Interesante es, sin duda, el bellissimo paisaje; interesante la aflicción de Jesús; pero mucho más interesante es el diálogo memorable que aquí se entabló entre Jesús y Pedro. A la pregunta del Salvador contestó Pedro con su confesión divina, en que proclamó la realeza mesiánica y la divinidad de Jesús de Nazaret; confesión colmadamente recompensada por Jesús con la magnífica promesa del primado de la Iglesia.



42. EL PRIMADO DE LA IGLESIA, PROMETIDO A PEDRO EN PREMIO DE SU CONFESIÓN.